



¿DÓNDE?

Lola Altarejos

¿DÓNDE?



Primera edición: septiembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Lola Altarejos

ISBN: 979-13-87814-92-2

ISBN digital: 979-13-87814-93-9

Depósito legal: M-18661-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A J. Vicente, mi marido, por estar ahí.

1. ¿Dónde?

Dónde iremos cuando nuestros pies nos susurren a ese oído que, a duras penas, escucha: ¡No puedo caminar!

Dónde nos dirigiremos cuando nuestro cerebro, viaje a otros hogares, otras ciudades, con otras personas que fueron, existieron y vivieron.

Cuando no reconozcamos a los/las que nos rodean.

Cuando no recordemos lavarnos, peinarnos..., comer ni dormir...

Dónde irán «esos/as a los/las que llamamos locos/locas», cuando quienes les rodean se pregunten dónde ir.

Dónde esos ancianos olvidados en hospitales.

Dónde iremos todos/todas, cuando el transcurso del tiempo y los años nos empujen al precipicio de la vejez.

Unos/as, los/las más afortunados/as, serán cuidados/as por sus seres queridos/as..., aun cuando no está de moda atender a nuestros/as mayores.

Otros/as con suerte la administración se hará cargo de ellos/as, y se alojarán en residencias para mayores.

No olvidemos a aquellos/as que nadie recordó en vida, que solos en sus hogares... también en la calle y a los/las que persisten en la misma situación.

Dónde irán todos/as los/las enfermos/as dependientes y jóvenes, cuando fallezcan sus predecesores, así como los/las personas que padecen enfermedades raras, cuando su fundación o asociación no recoja sus cuidados una vez falten los padres, cuidadores o encargados...

Dónde iremos al comprobar cómo los ojos pierden la nitidez de la juventud, cuando los oídos se cubran de una gruesa capa y nos obliguen a levantar la voz, nuestro rostro se maquille de arrugas y nos falte a quien dar los besos que nos quedan.

¿Dónde? Cuando unas veces con las manos temblando, otras no, y nuestra destreza mental vuele como las mariposas en primavera, las piernas no sean capaces de continuar con agilidad, por más que caminen y al levantarse flojeen sin piedad.

¿Dónde... huérfanos/as de accidentes de tráfico, abandonados/as... cuando su pequeño cuerpo padezca enfermedades graves o raras, sufra diversidad funcional..., dónde irán?

¿Dónde iremos a parar cuando no seamos útiles a la sociedad?

Y los hijos —si los hay— no puedan ocuparse de mayores que requieran horas de su apreciado tiempo.

Cuando en las residencias de ancianos no haya plazas, por el envejecimiento extremo de la población y habiendo lugar donde llevarnos ¿existirán personas que deseen trabajar allí?

¿Dónde iremos cuando no tengamos medios suficientes para pagar?

En España hay tres millones de personas con enfermedades raras, les puedo nombrar algunas...

Prader Willi, Andrade, Fabry, Marfan, Noonan, Moebius, Pompe...

La UE se comprometió a realizar una reforma farmacéutica, los fármacos para estas muy costosas.

2. ¿Enfermedades raras?

Por ser el mayor y varón de los hermanos, se hizo cargo del negocio familiar, y por el mismo motivo al contraer nupcias, su madre —viuda— fue a residir con él y su flamante esposa.

Apolonio parecía hombre de buena fe, gran estilo al vestir, educado y esbelto, con un bigote que emulaba a Salvador Dalí.

Gran conocedor de la economía, levantó una empresa familiar convirtiéndola en un referente para la España de los años sesenta: empleados, producción... y rentabilidad.

Su esposa Godofreda contaba con estudios de magisterio, empleada en ello. Al contraer matrimonio renunció a tener una vida laboral, en pro de formar una familia. Esta era una mujer femenina e interesante, con una vasta cultura inculcada desde su infancia por la institutriz que la educó.

Catalina —la suegra— tuvo dos hijas y un hijo, su esposo falleció en extrañas circunstancias, cuando los niños ni andaban —de hecho, ese tema era tabú—.

Al fallecer su esposo, echó mano de un hermano para el negocio, y ella trabajó lo que los hijos la dejaban.

Otro tema prohibido era la enfermedad de Catalina —mujer rigurosa y áspera en el trato—, su padecimiento comenzó al fallecer su esposo. Cuando comenzó su debilidad corporal, perdió un ojo, también un dedo del pie.

Su hijo —Apolonio— sumiso y fiel a su madre, obedecía como un escudero a su señor. En cambio, su esposa tuvo algún «choque» con la misma.

Godofreda en su primer parto tuvo mellizos, dos niños los que parecían sanos.

Enseguida quedó encinta de lo que fue otro varón —al que bautizaron con el nombre de Felipe—.

Los mellizos, comenzaron a crecer y carecían de fuerza muscular para caminar, y realizar actividades cotidianas como mover los brazos... fallecieron a los nueve años —todos creyeron que habían heredado la enfermedad de la abuela, por eso de la debilidad—.

Mientras, habían nacido otros tres varones más.

Felipe, era un niño normal, pero no paraba quieto, no se centraba en nada, y se aburría con facilidad... los castigos y correctivos, a los que fue sometido por su abuela, no hicieron más que atormentar a su madre y a su mismo padre —el que, con aspecto duro, era un sentimental—. De nada sirvieron aquellos desahogos de la abuela en el niño.

Su madre con dulzura consiguió centrarlo, lo enseñó a leer y escribir e incluso jugaba con sus hermanos.

Los tres últimos niños eran niños sanos, demasiado tímidos y cortados, casi insociables —algo que su madre atribuía a la educación restrictiva de su abuela—.

En un enfrentamiento entre suegra y nuera:

—¡A mis hijos, los educamos su padre y yo! Usted ya educó a los suyos.

—¡Mujer inservible, no has tenido más que hijos con defectos!

—¿¡Cómo se atreve a insultarme!? ¡Es una amargada y descarga su agonía tanto en mi persona, como en mis hijos!

—Hijo, elige entre tu ineficaz esposa —y de ahí que buscases refugio en otra mujer, para traer a este mundo un hijo sano—. O tu madre, que bien sabes todo lo que realicé e hice por ti.

—¿Cómo otra mujer?! ¿Un hijo? ¿Dónde está ese hijo?

—Bueno, madre, mi corazón se divide, pero hay que dejar claro que el hijo que tuve es «mongólico». El defecto o la ineficacia la aporté yo.

Recordemos que mi padre falleció por una rara enfermedad que lo inhabilitó hasta postrarlo en una cama, sin poder mover ni un músculo y morir asfixiado.

—¡Calla, eso son cosas nuestras!

—No, mi esposa es mi familia y ha soportado tus desprecios, tus imposiciones en nuestra casa y nuestros hijos —casi matas a palos a Felipe, hoy estudia para ser médico.

La enfermedad desconocida, de mi padre, seguro que la heredaron los mellizos...

Mis hijos menores son retraídos como consecuencia de la educación severa a la que los has sometido y de la que yo me tuve que liberar, haciendo que no escuchaba.

—¡Sinvergüenza! ¡Cómo te atreves a manifestar toda esa sarta de mentiras sobre tu madre, sin la que hoy no serías nada!

¡Esos hijos, serían vándalos en la calle!

—Apolonio, cariño, ¿dónde está ese niño que tuviste?

—Está escondido en una habitación. Ven iremos a por él, no merece estar ahí, al fin y al cabo, es una persona, tiene solo tres años.

—Sí, vayamos.

Cuando Godofreda observó al pequeño, las condiciones tan deplorables en las que se encontraba, no pudo reprimir sus lágrimas, lo tomó en su regazo, para trasladarlo a casa y criarlo —con cariño, sin palos ni órdenes—.

En el camino hacia casa, Apolonio y su esposa charlaron de todo, incluso de la madre de ese niño —una prostituta—, una vez más se dejó llevar por las órdenes de su severa madre, incluso en cuanto a la idea de esconder al niño y que nunca nadie supiera de él.

La llegada del nuevo hermano a casa supuso un revuelo, sus hermanos ayudaron a su madre y lo enseñaron a andar y hablar —apenas balbuceaba—.

También fue bautizado con el nombre de José, sus hermanos le llamaban Pepe, era un niño alegre y juguetón.

Felipe el hermano que estudiaba para ser médico, finalizó sus estudios ahora debería aprender la práctica.

Una noche en la cena, reunida toda la familia —también la abuela— y Felipe quiso dar una clase de medicina a su estirpe, explicando cómo la enfermedad de su abuela podría ser falta de control en los niveles de glucosa o azúcar, siendo el ojo y el dedo los efectos.

El abuelo falleció de una enfermedad rara, que hoy todavía se estudia, quizás mi padre sea portador sin sufrirla, pero sí puede trasmitirla, de ahí que los mellizos igual la padecieran.

Yo mismo adolezco de lo que se denomina «hiperactivo».

—¡¡Abuelaaa, no te vayas por favor!!

—No me interesan tus historias de loco.

—Catalina, Felipe padece una enfermedad, pero ha conseguido estudiar, la vida ha cambiado, escuchémosle.

—Godofreda, en todos estos años he sufrido y padecido en silencio y soledad, comprobando cómo toda mi familia era víctima de aquel entuerto que comentaban las gentes del lugar, ahora déjame.

—Abuela, tus tres hermanos que fueron abominados por el pueblo y en la familia, creyendo ser tu madre víctima de un maleficio, hasta que naciste tu y todo se calmó.

Al fallecer tus tres hermanos el médico les realizó las autopsias y los informes dan a conocer: «Distrofia muscular», «síndrome de Asperger» y «daño en la médula espinal». Enfermedades que tus hermanos padecían.

Cuidaste de ellos, destinados a vivir en las cuerdas; sufriste la amargura de tu familia, sin conocer que quizás todo fuera consecuencia de los numerosos matrimonios entre familiares directos, como primos, sobrinos y durante múltiples generaciones.

Abuela, lo tuyo fue honroso, eran personas. No entiendo tus cambios de personalidad, supongo que será por no ser feliz.

Yo agradezco que se me tratara con cariño, se me aceptara, de ahí que hoy sufro crisis, consecuencia de mi enfermedad, pero feliz.

Mi madre confió en mí desde pequeño, vosotros ahora no lo hacéis.

Ser hiperactivo, no es estar loco, solo que es difícil tener control sobre nuestros impulsos costando concentrarse. Necesitamos afecto, paciencia, felicitaciones...

—Soy tu abuela con muchos años, y a las personas con enfermedades raras, las miran y sienten lástima por ellas y por quien las cuida, todavía queda mucho que trabajar.

Gregorio

El padre de un niño con lo que se continúa llamando discapacidad —en 2019 discapacidad pasó a llamarse diversidad funcional—.

Este padre se expresaba en la prensa —*El País*— de este modo: «Jamás encontraré a nadie que tenga agallas de decirme a la cara que deje de darme pena a mí mismo y que siga adelante».

Los pacientes y familiares de enfermedades raras y crónicas demandan difusión para mejorar sus condiciones y aumentar su investigación e inversión.

Parece ser que los centros para estas personas lo son de día.

Y... ¿cuándo no tengan quien les cuide y donde ir en las noches? ¿Dónde irán?

En la enfermedad distrofia de Duchenne, les llega la muerte a los treinta años, se le paralizan todos sus músculos, lo que les provocan paradas cardíacas, insuficiencias respiratorias, renales, etc. Afecta a uno de cada cinco mil varones y el fármaco tiene un precio de un millón de euros.

Todos nuestros órganos vitales son músculos.

Estas personas nacen y crecen con el trauma personal y familiar de su fallecimiento temprano, conocen donde van.

La incertidumbre es la peor compañera, lidiar cuando tienes un hijo o familiar directo, con una enfermedad rara.

3. Cambio de sexo

Allí estaban, los dos juntos, tal como ella había sospechado.

Al bajar del autobús, un señor de unos sesenta años, vestido con traje de chaqueta y bien parecido pidió permiso para ayudarme con las maletas, dubitativa accedí, aun así, no tenía nada que perder.

Nos presentamos y le narré mi vida.

Tanto esfuerzo, sacrificio y fatigas habían caído en vacío, le hicieron sentirse humillada, ultrajada y despreciada.

Dentro de tanto dolor, cogió su maleta y pisando fuerte con sus altísimos tacones, se fue acercando al lugar donde se encontraban Braulio —su amor—, y el que parecía ser la pareja «del cateto» de Torcuato.

Para Braulio, Torcuato siempre fue un «mulo sin dientes».

Sorprendida al comprobar que no le importaba ese defecto ya que, los besos y las caricias en plena calle los delataron.

Continuó el tortuoso camino de la juventud de Mariana, igual que su infancia no fue fácil, tampoco resultó sencillo encontrar camino en la sociedad, donde la transexualidad continúa siendo ardua tarea.

En sus relaciones, era patente que a su bello cuerpo y rostro femenino aún le quedaba un evidente tributo masculino.

Sus parejas siempre fueron gais, no deseaba ser calificada como travesti porque se sentía mujer.

Aun así, Mariana, por amor a Braulio, decidió operarse viajando para ello a Madrid.

Para su viaje, Mariana y Braulio acordaron continuar con su amor, mientras ella fuera tratada hormonalmente, se sometiera a la

operación de angioplastia y obtuviera el DNI o carné como mujer.

En esos meses, más de un año, no recibió noticia alguna de él, cuanto menos dinero para tales cambios, alojamiento, comida y lo que supone residir en Madrid.

Siempre deseaba disculparlo, con excusas a sí misma, tales como: tendría miedo de mi cambio, no tenía mucho dinero y otras banalidades parecidas.

Pero lo cierto es que en Madrid estuvo muy sola y debió buscar el dinero fácil mientras su cuerpo cambiaba.

Cuando marchó a encontrarse con Braulio sin pensar en nada.

Allí estaban los dos juntos, tal y como ella había sospechado.

Braulio y su pareja, comprobaron cómo una mujer impresionante se acercaba.

No la reconocieron incluso cuando Mariana se acercó y pudo saludarlos.

Su cuerpo incluido su rostro habían sido moldeados con tratamientos hormonales, el pelo de color rubio, los pechos, el pantalón ajustado, e incluso sus formas de andar y hablar, esas manos cuidadas, junto con su perfecta dentadura...

Solo quedaban sus ojos, eran los mismos, pero Braulio no fue capaz de mirarla, Mariana presentía que él en el fondo, sabía que era aquel Mariano que le dio calor en otros tiempos.

Mariana les preguntó por un hostel.

De nuevo se encontró con otro varapalo, sin hogar y en un pueblecito donde el único trabajo para una mujer era limpiar casas.

Aquel caballero, también se dirigía al hostel, la acompañó.

La noche en el hostel no descansó nada, pensaba en marcharse de ese pueblo, no sin antes hablar con Braulio y desearle lo mejor.

Debía planear donde ir, le quedaba poco dinero.

Bajó al desayuno, y todos los viajeros del comedor pegaron sus ojos en ella.

Tomó solo un café con leche —tenía mucha hambre, pero debía guardar el dinero, para imprevistos—.

Aquel caballero, muy halagüeño, me ofreció marchar con él a la Mancha, según me narraba estuvo en Madrid, y me pudo ver en algunos clubs donde actué.

Solo pregunté:

¿Y para qué me quiere?

Su respuesta fue inmediata, deseaba que fuera su esposa, conocía toda mi vida y me admiraba.

Fui sincera:

Acepto, porque no tengo nada ni a nadie.

Pero déjeme ser libre y elegir al hombre que me acompañe en estos momentos, si es usted me quedará allí donde me lleve, de lo contrario déjeme ir...

Ese fue nuestro pacto.

Antes de pagar, recoger y marcharnos tengo pendiente un asunto.

Salí apresurada, para ir al taller de Braulio y con ello despedirme para siempre.

Una vez en el local, llamé a Braulio, saliendo un muchacho, que dijo ser el nuevo propietario.

Braulio había contraído matrimonio, viviendo de la peluquería del marido.

Pregunté por la dirección de esa peluquería.

En aquel momento de repente, regresaron a mi mente recuerdos de aquellos días, meses en Madrid sin olvidarme de Braulio, mientras él, demostró no sentir nada por aquel Mariano que marchó.

Me tocaba ser feliz y debía intentarlo, regresé al Hostal y allí, me esperaba aquel caballero.

4. ¿Por qué mi padre debía elegir a mi marido?

Desde tiempos ancestrales las mujeres han sido objeto de la voluntad del hombre.

No es mi pretensión para este relato narrar cómo las féminas evitaron guerras como moneda de cambio entre países.

Otras quedaron viudas en varias ocasiones y eternamente fueron casadas sin su aprobación.

También hubo las que se adelantaron a su época y sus tradiciones, baste citar a Sisi emperatriz, como la llamaban.

En años más recientes citemos, por ejemplo, desde 1960 a 1970 en España.

El relato procede del clamor popular, de familiares, también de conocidos y en alguna ocasión, la misma fémina deseó dar fe, de haber contraído matrimonio con el hombre que su padre le escogió, entre todos los pretendientes, él elegía al más ventajoso, lo mismo ocurría en casa de primas, vecinas...

Pepita, con el físico de la mujer de hoy, con una belleza italo-hispánica que la hacía hermosa.

Vivía entre las limitaciones de residir en las zonas rurales — donde la minifalda y el bikini llegaron más tarde— y el destino de la mayoría estaba en casarse jóvenes y como consecuencia, ser esposa y madre.

El trabajo que desempeñaban las que estudiaron, lo era de profesoras, enfermeras o secretarías.

Otras, solo desarrollaban labores del hogar, y cuidado de los hijos, cuando los hubiere.

Pepita no había estudiado, su padre se lo había impedido y cuando esta descubrió con quién se debía casar quedó devastada.

Su prometido no era una pareja estelar. Su futuro esposo no solo era veinte años mayor que ella, sino que sus formas consistían en hablar alto, casi gritaba, y lo peor: esputaba cada dos palabras.

¿De qué servirían los modales italianos —inculcados por su progenitora italiana—? Hasta su mismo padre, le adoctrinó a bailar vals, para ser educada como su madre, la que, al conocerla, en sus múltiples viajes de negocios, quedó perplejo, no tanto de su enorme belleza, sino de su saber estar.

¡Y ahora dejaba a su única hija, en manos de casi un asno!

Ni las lágrimas en los ojos negros sesgados de Gina —su madre—, ni los ruegos de su propia hija, cambiaron la decisión de Vicente.

Madre e hija, se consolaban y al mismo tiempo, no acertaban a entender la decisión de su padre, cuando su verdadero amor era el vecino, muchacho joven con estudios y trabajo.

La hija manifestó a su madre que, no dormiría con ese hombre, si no se bañaba también perfumaba y dejaba de gargajear, le provocaba náuseas.

Su madre, le habló de cómo una vez casada debería imponerlo, solo ella podía hacerlo.

El día de la boda, Pepi lució unos ojos brillantes y casi cerrados, la tristeza la agonizaba... también a su madre, sus primas y amigas.

Pepi se encargó de que su ya esposo bebiera, tanto como para no pasar la noche cerca de él, su tía con enorme disimulo se encargó de verter en la botella de vino unos polvos...

El baile lo realizó con su padre, y los amigos del mismo... Soñaba que lo hacía con el vecino, mientras su esposo roncaba en el sillón...

Cuando los acercaron al domicilio, subieron a Matías, siendo acomodado en una habitación pequeña... Al desnudarlo, los mismos vecinos relataban del tufo de sus pies, del hedor de sus axilas, las uñas y pelo sucios..., ¡y era su boda! ¡Pobre chica!, se decían.

Cuando consiguió despertar, tenía resaca, decía tener dolor en todo su cuerpo. Y llamó a su regazo a Pepi.

Esta acudió e impuso sus condiciones.

Ella creyó sería objeto de gritos y malos modos. Sin embargo, le manifestó:

«Tienes razón, debo oler muy mal, pocas personas se acercan a mí, y no recuerdo cuando me aseé la última vez».

Ante la sorpresa, Pepi pidió ayuda para meterlo en la bañerita con escalón que tenía en un baño. Llegaron los hombres que había para el campo, los que olían a animales, pero, muchísimo mejor que Matías.

Entre todos lo enjabonaron —por no tener, no tenía ni jabón— bien y bastante tiempo, le cortaron las uñas, le lavaron los dientes, y buscaron ropa limpia, para vestirlo —ardua tarea, este hombre, tenía los armarios vacíos—, una de las mujeres de los campesinos, se atrevió a decir ¡así es muy rico, de no gastar!

Ella daría ropa íntima nueva, siempre que se la repusieran.

Pepi absorta, manifestó que al amanecer iría ella misma, a comprarles a todos ellos y ellas lo que necesitaran.

Una vez aseado, con ropa limpia, también pantalón y camisa de aquellos pobres trabajadores..., su esposa le pidió que no esputara.

Salió del salón y llamó a sus padres, les narró todo. Su padre con un hilo de voz, le pidió perdón.

Su madre comentó que en Toledo había tiendas de trajes sin ser hechos a medida.

—¿La ropa interior, para los demás dónde se compra? ¿Y los zapatos?

—No te preocupes, hija, iremos nosotros contigo y lo compramos todo.

—Gracias, mamá... Mañana os esperaré temprano.

—¡Ah, mamá, las camas huelen mal, a pesar de haber estrenado mi ajuar, de sábanas y colchas...!

—Pues... colchones de lana... A ver tu padre, qué dice. Descansa, hija.

En la cena, Matías no abría la boca. Pepi le comentó que debía comprarse ropa interior, calcetines, zapatos y dos trajes. Y a sus trabajadores que prestaron lo puesto, debía devolverlo nuevo.

La respuesta de Matías fue clara y precisa: Yo, me lavo y no escupo, que no cuesta dinero, pero comprar, ¡no compro nada!

Lava la ropa que me quitaron y a estos que le den...

Pues... la ropa la tiré, estaba rota y tan sucia que ni con agua fuerte se hubiera blanqueado, los calcetines llenos de agujeros lo mismo... y los zapatos más remendados que un saco de patatas, huelen a podrido.

Y mañana vendrán mis padres para ir a comprar.

Aquella noche, cuando se fue a la cama, ella creyó que había llegado el momento, estaba aterrorizada, se vistió como su madre le inculcó... perfumó su cuerpo.

Al llegar a la cama, ¡oh! Dormía, roncaba... ¡Qué descanso! Dormiría con él para que creyera que... Pensó ella..., también soñaba que él fallecía, aferrada a la espera de una vida feliz junto al vecino, siendo ella fértil.

Por la mañana, Pepi despertó a Matías, debía lavarse las manos, la cara... y vestirse llegarían pronto sus padres.

Mientras se vestía, comentaba a Pepi que no recordaba nada de la noche, y que se sentía muy débil. Ella le narró cómo la hizo suya.

Y tu debilidad será de no comer carne. A lo que él le respondió: «Por un animal me pagan más que si me lo como».

¿Para quién quieres tanto dinero?

Y llegaron los suegros...

Echaron un día de compras, de comida en restaurante... y de gastar.

Al llegar a la casa, habían llegado también los colchones de lana nuevos —sin olor— que había adquirido Vicente, Matías nunca dijo de pagárselos.

Cuando Pepi, llamó a la gente que trabajaba en el campo, para entregarles lo que habían comprado para ellos, Matías subió a duras penas las escaleras se excusó con Pepi, y se metió en la cama

con un sudor... Pepi mientras, entregó ropas y mudas a los trabajadores y sus niños.

Cuando finalizó les dio las gracias a todos. Ellos no podían articular palabra, de la infinidad de ropas, hasta juguetes... que Pepi les regaló.

Subió a la habitación y Matías de nuevo dormido.

Por la mañana al despertar, Pepi tenía hambre, no habían cenado, llamó a Matías y ¡¡cielos, estaba muy frío!! Lo pellizcó, y no reaccionaba... llamó al médico, el que no pudo confirmar la causa del fallecimiento.

Los empleados, decían que había muerto, por comprar y gastar.
¡El matrimonio solo duró tres días!

La esposa no realizó duelo por la muerte de Matías.

Estaba libre de su matrimonio sin amor, lista para recuperar su independencia, tampoco tenía hijos.

Pepi y los caseros buscaron el dinero del hombre que «vivió pobre para morir rico».

Encontraron cantidades ingentes de dinero, joyas, monedas de oro y las innumerables fincas agrícolas y ganadería.

La viuda repartió bienes y dinero entre los trabajadores.

Supuso que podía casarse con quien deseara y tenía a alguien en su mente, ahora con su herencia, no habría impedimento.

Cuando finalizó las gestiones después del fallecimiento de Matías, regresó a su casa paterna.

Allí confesó a su madre, que ansiaba volver a ver al vecino, su madre quiso ser franca, y sin rodeos le manifestó, cómo el vecino llevaba dos años casado, y tenía hijos.

Pepi, entre lágrimas, solo pudo balbucear: «Se casó antes que yo y todo...».

El estrés, los conflictos y la melancolía afectaron a la salud de la que, fuera una chica jovial, se había convertido en una muchacha, deprimida...

Decidió enajenar toda su herencia y donarla a entidades sin ánimo de lucro, donde acogían a personas con enfermedades raras, neurológicas.

Con posterioridad se retiró a un monasterio, tomó los hábitos y allí fue llamada «beata Josefina», con las monjas dominicas.

5. Madrid crecía

Como consecuencia de las obras para expansión de la ciudad, los edificios históricos fueron desalojados para su rehabilitación.

En cada piso, cada casa, hallaron una historia, personas que de modo inexorable debían cambiar, no solo el domicilio, sino, de maneras de vivir.

En la planta tercera de una casa, de la conocida calle Serrano, residía una señora octogenaria, con problemas de movilidad.

Sola en el inmueble, cada día «asistencia a domicilio la aseaba, y suministraba comida».

Necesitaba limpiar aquel hogar, aunque, su vida transcurría sentada en un balancín —junto a los cristales que le mostraban la calle—, allí la dejaban por la mañana y permanecía inmóvil hasta la noche.

Penélope quedó embarazada en 1962 contando solo con dieciséis años —una atrocidad—, su novio estudiaba para poder ser médico y las dos familias acordaron: que él continuase sus estudios, y ella quedara a la espera, para trasladarse con el futuro hijo a otro lugar.

Nació un precioso niño, que los abuelos ayudaron a criar.

Penélope estudió enfermería.

Y cuando Evaristo logró una plaza para la investigación de malaria, viajaron los tres a Mozambique.

Allí fueron felices, vieron crecer a su hijo.

Hasta que Penélope viajó a Madrid con motivo de la «pandemia de covid» y el consiguiente fallecimiento de sus padres.

Su hijo viajó con ella, contando con diecinueve años, decidió no regresar a Mozambique, solicitó la herencia de sus abuelos —decía para poder vivir—.

Penélope dispuso no darle nada, pues nada le correspondía, sugiriéndole que finalizara sus estudios y pudiera trabajar, su progenitora, le negó residir en la casa —que siempre fue de sus padres— sin poder reconocer en sus actos a su propio hijo.

Observó cómo faltaban algunos objetos de valor, los que restaban, junto al dinero que dejaron sus padres los custodió, en una bolsita de hilo y la cosió, guardándola.

Con el dolor de una madre, cambió la cerradura de la puerta principal, y voló a Mozambique.

Al llegar, narró todo a su esposo, el que no podía asimilar, tanta desgracia...

Evaristo llevaba contagiado de malaria, bastante tiempo, su antídoto hacía efecto en cuanto a prolongar la vida, no su calidad... él se iba desvaneciendo día a día...

A Penélope no le dejaron trasladar el cuerpo de su esposo, las gentes del lugar le hicieron un entierro por el rito de aquellas tierras, lo único que obtuvo de su esposo, fue su cabello.

Regresó a Madrid, y debió desvanecerse, apareció en el Hospital... ahí comenzaron sus días sentada. Miraba al cielo para ver, al que fue el médico de su vida.

Aquella noche sería la última en su hogar, «asistencia a domicilio» le preparó una maleta con lo que necesitaría.

Preguntaron por sus bienes de valor: joyas y dinero.

Penélope respondió: «Me voy de mi casa, ¿verdad? Todo lo que tengo está en la caja de zapatos de las fiestas».

En efecto, allí encontraron una bolsa de tela, estaba cosida, su peso superaba los dos o tres kilogramos, se la entregaron, ella logró no llorar, guardó la bolsa debajo de su almohada.

Les habló de los cuadros y esculturas de valor, también de todos sus abrigo de piel los que ofreció a las señoras de la asistencia, lo mismo que las lámparas...

Le expresaron cómo por la mañana, la visitaría un notario, una asistente social y otros profesionales, para, explicarle dónde irían sus bienes, así como, ella misma.

Esa noche, Penélope dejó su silla de ruedas, intentó pasear por la que había sido, su casa y su refugio durante toda su vida, tenía tantos recuerdos de sus padres, de su amado esposo... que debía pasear por ella.

Se agarraba de mueble en mueble, desplazaba sus pies con dolor, al mismo tiempo que disfrutaba.

En el paseo amaneció.

Sin energía se duchó, cortó sus largas uñas de pies y manos y también su cabello, se perfumó y vistió con un bonito vestido, en la maleta guardó otros tantos...

Al llegar, toda la comitiva quedó atónita con el cambio de aquella mujer.

El notario fue preciso: su cuenta corriente estaba vacía, el poder que le otorgó a su único hijo, para que le trajera dinero a casa, y con ello contratar quien la cuidara.

Lo debió utilizar en otros menesteres.

Sí así es, y no tengo noticias tuyas desde que otorgara el citado poder, estando ingresada en el hospital, cuando me encontraron en la calle...

Como hasta ahora ha sido el Ayuntamiento y la Comunidad, los que se han encargado de mí, dispongo desheredar a mi único hijo.

Este inmueble con todo lo que contiene de valor, acuerdo que sea propiedad, de las citadas administraciones.

Mis enseres personales, valórenlos..., tienen su precio.

El notario le aclaró a Penélope: «Usted irá a vivir a una residencia para mayores, donde tendrá todo tipo de cuidados, podrá relacionarse con otras personas de su edad».

Estoy conforme, me consta que me queda poca vida.

Con esta bolsa-talega, creo que habrá suficiente para esos menesteres.

Deseo ser enterrada junto a mi esposo, aquí está la documentación al respecto.